

preceptores. De los españoles se puede decir algo parecido. El Galateo se queja del descuido con que los padres ponen en manos de preceptores inadecuados los estudios de los hijos. Esta facilidad es la base de una educación popular que al autor italiano le repugna, ya que, sin perjuicio de la generalidad, definiendo un fundamento aristocrático en la educación. Hay de continuo en su obra llamamientos a una educación latina, que el autor asocia con la herencia de las humanidades clásicas, cuya presencia era en él constante.

Aunque Ferraris tiene perceptibles puntos de vista medievales, hay en él elementos de una gran novedad, que son los que principalmente nos interesan. Estos elementos nuevos radican en la fe, en la inteligencia y en los ideales como motor de las acciones humanas, individuales y colectivas y la confianza que toda la obra transparenta en una cierta ingenuidad o sinceridad de espíritu, que hace que la propia crítica del Galateo carezca de elementos negativos. Sus libros, testimonio de una persona de elevado carácter, la aproximan al espíritu crítico del mayor de los humanistas, del Padre y Fundador de la crítica moderna, Lorenzo Valla.—E. T. C.

PASINI (Dino): *La concezione della storia e dello Stato in Kant e in Herder*, en «Rivista Internazionale di Filosofia del Diritto», 1955, fascículo IV, páginas 466-485.

El 4 de enero de 1785, en la *Allgemeine Literaturzeitung*, apareció la recensión de Kant a la primera parte de *Ideen zur Philosophie der Geschichte* de Herder. En febrero del mismo año, K. L. Reinhold contestó violentamente a esta recensión. Aparecida la segunda parte de la obra de Herder, donde se contienen críticas a la filosofía de la Historia de Kant, éste también publicó la recensión de la última parte de las *Ideen*.

Las opiniones en contraste son: por parte de Kant, que la finalidad de la cultura no puede ser la conquista de la felicidad, sino la formación de una Constitución estatal, o sea, finalmente, la fundación de un orden jurídico universal, para aumentar la legalidad y racionalidad de las acciones humanas. La Historia así resulta ser una sucesión de formas de vida estatal, que culminan en el «Estado en general», o Estado como

idea. En este sentido, el Estado kantiano no puede considerarse un simple instrumento de garantía del Derecho. Para Herder, por el contrario, el fin de la naturaleza es la felicidad de los hombres. Cada individuo tiene su derecho y su necesidad, y la Providencia no se propone la uniformidad, sino, siempre, creaciones nuevas y diversas.

Criticando la concepción de Kant, quien había afirmado que el hombre es como un animal, que necesita un amo, decía Herder: «Para la filosofía de la Historia de la humanidad no hay un principio más fácil, pero más lamentable.» El fin de la Historia no puede encontrarse solamente en la especie humana, sino también en sus individuos. A lo que Kant respondió que «especie no significa sino la característica en que deben concordar, precisamente, todos los individuos entre sí». Finalmente, Pasini examina las diversas opiniones de Herder a propósito de la política y de la Patria.—R. C.

HOPKINS (Vincent G.): *The conservative concern*, en «Thought». Primavera 1956, vol. XXXI, núm. 120, páginas 27-54.

Prescindiendo de factores psicológicos y orgánicos, los puntos de vista del liberalismo y conservadurismo, en sentido amplio, son las dos reacciones humanas al factor cambio. El incidente histórico que cristalizó estas dos actitudes hacia el cambio en los órdenes político y social, en tiempos relativamente recientes, fué la Revolución Francesa.

Según la obra de Edmund Burke *Reflections on the Revolution in France*, los principios del conservadurismo son: la consideración de que las bases de la sociedad son morales y religiosas; el hombre tiene una naturaleza limitada y compleja; la ley suprema es una limitación al poder y sirve de guía en la vida social; lo político tiene una importancia secundaria; acercamiento a los problemas del hombre en sociedad; apartamiento de los planes abstractos. Otros principios, no tan básicos, pero más aparentes, consisten en el respeto a toda clase de derechos, acentuando el énfasis en los deberes que corresponden a estos derechos y un sentido de continuidad de las naciones. Pero, como afirmaba Metternich, «los principios conser-

vadores son aplicables a las situaciones más diversas.»

Expone a continuación Hopkins el desarrollo y regresión del liberalismo y conservadurismo en América, haciendo notar cómo en la aportación europea al nuevo mundo figura, en primer lugar, la tradición de la libertad ordenada y el gobierno constitucional, si bien la influencia puritana, más persistente en América que en Inglaterra, distorsiona el equilibrio entre autoridad y libertad en favor de esta última, con la consecuente merma en la idea del bien común. De la misma manera que el lenguaje de la Revolución Francesa fué el empleado en sus polémicas por federalistas y republicanos en la pugna por la Unión, el lenguaje marxista se hizo oír entre los partidarios y detractores del «New Deal», debido a la poderosa influencia del marxismo sobre la mentalidad americana. Mas en todos los casos en que dos partidos americanos se enfrentan suele haber una concordancia en los principios en que ambos se inspiran, discrepando sólo en las opiniones, ya que el subsuelo común de sus creencias es la tradición individualista que exalta la libertad.

La Revolución Rusa como la Francesa, sugestionó a gran número de americanos, mientras otros parecían más inclinados hacia los radicalismos del Derecho. Después de un período de esperanza, el establecimiento de Stalin como dictador y la más clara percepción de lo que pretendía realmente Hitler hicieron recapitular a los americanos sobre sus instituciones, su cultura y sus reservas sociales y políticas, comprendiendo que contenían un valor que conservar y por el cual luchar. La reacción de una parte de los americanos es volver al individualismo, otros tratan de robustecer la autoridad sobre la depravada naturaleza humana.

La conclusión a que apunta el presente artículo es que los principios del colectivismo, individualismo y absolutismo no proporcionan las bases adecuadas para sociedades civiles que buscan efectuar una reconciliación de la libertad y la autoridad de sus instituciones. Los principios de la tradición ciudadana, que no eran exclusiva propiedad ni de liberales ni de conservadores, ofrecen las bases para llegar a dicha reconciliación y, por tanto, deben ser restaurados en el lenguaje del siglo xx.

Pese a las simplificaciones que forzosamente ha tenido que hacer el autor

para adaptar su trabajo a los límites de un estudio limitado por razones de espacio, permite proseguir el desarrollo del conservadurismo, en función del liberalismo, ya que ambos términos suelen ser comprendidos por contraste, se destaca una cierta uniformidad conceptual en el desarrollo del pensamiento político y filosófico en Norteamérica, que recibe los cambios doctrinales de Europa como un impacto superficial, manteniendo la unidad e intangibilidad de su tradición ciudadana de individualismo y libertad.—M. del P. M.

SOMBART (Nicolaus): *Vom Ursprung der Geschichtssoziologie*, en «Archiv für Rechts-und Sozialphilosophie», XLI/4, 1955, págs. 468-510.

El origen de la sociología de la historia puede ponerse en Claude-Henri de Saint Simon y Auguste Comte; para iniciar con seguridad este estudio es necesario tener en cuenta dos cosas fundamentales: primero, que se trata de dos biografías, aunque de un solo sistema, y segundo, que este sistema no es tanto la producción original de dos personas como el producto típico de una situación.

Saint Simon pertenece a una estirpe picarda, cuya tradición se remonta a Carlomagno, y es, pues, un aristócrata de rancio abolengo, en tanto que Comte pertenece a una familia de la clase media. En la vida de Saint Simon hay algo fascinante, y su misma personalidad tiene este carácter, en tanto que la vida de Comte aparece como envuelta en un halo de mediocridad. Hay en Saint Simon una oscura fuerza que impulsa el conjunto de toda su obra, y, sin embargo, es una de las inteligencias más modernas, en el sentido de que previó con admirable intuición el espíritu de nuestro tiempo. Nada quizás más erróneo que considerar a Saint Simon un liberal. Esta valoración política, e incluso espiritual no se avenía con su concepción del mundo y el espíritu total que quiso imponer a su saber. Saint Simon vió claro el futuro industrial de Europa, y el papel que en este futuro industrial le correspondería jugar a la inteligencia. Aparece, pues, como un aristócrata que se da cuenta de que la aristocracia ha cambiado de manos. El mundo entero se ha transformado y la revolución es el momento transitorio de esta transformación. En su obra es muy frecuente